

Peter Fleer\*

## Guatemala, del silencio armado a la lucha de las voces

A primera vista, la historia de Guatemala de los últimos quinientos años se puede resumir fácilmente. Después de la conquista, fue durante tres siglos una colonia. La independencia fue seguida por siglo y medio de regímenes oligárquicos que mantuvieron los rasgos coloniales de una sociedad que distinguía entre indígenas (“indios”, mayas) y “ladinos” (no indígenas), interrumpidos por un ciclo de revoluciones democráticas nacionales y contrarrevoluciones imperialistas que iniciaron una espiral de violencia con una guerra civil de treinta y seis años que culminó en un genocidio sobre la población maya. Este período fue relevado finalmente por una época de democracia y paz frágiles, siempre amenazadas por los espíritus del pasado y los peligros de una modernidad deformada.

Éste es el telón de fondo histórico de los diez libros que vamos a reseñar en los próximos párrafos. Desde diferentes puntos de vista (antropología, historia, lingüística), estos libros llevan a un conocimiento más profundo de las dinámicas de las últimas seis décadas y de la situación actual en la Guatemala del posconflicto, gracias a un planteamiento que se podría calificar de posestructural. Los libros pretenden evitar cualquier forma de esencializar las presuntas realidades. Por el contrario, sin desatender un análisis cuidadoso de los “hechos”, enfocan los discursos, los idearios, las memorias y las identidades de forma fluida. Juntos construyen la realidad, o sea, recogen los hechos relativos a esa época. En otro plano, unos textos se inscriben en la corriente de producción de realidades discursivas. La colección *Quiet Genocide. Guatemala 1891-1983*, editada por Etelle Higonnet, experta internacional de justicia transicional y derechos humanos, ofrece una traducción comentada al inglés de las secciones centrales del informe final de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH) publicado en 1999 bajo el título de *Guatemala: Memoria del silencio*. En la corriente de la antropología comprometida, el pequeño tomo de Victoria Sanford sobre la masacre de Panzós, que salió en primera edición en 2001, constituye también una contribución clara en la lucha sobre la interpretación de la guerra civil. En cierto sentido, esto vale también para los estudios de Diana N. Nelson sobre la memoria en los tiempos de la posguerra y de Emilio Del Valle Escalante sobre los discursos de la identidad maya.

---

\* Peter Fleer es historiador independiente. Su campo de investigación es la historia moderna de América Latina. Ha publicado varios artículos sobre historia rural, relaciones étnicas y cuestiones de poder y resistencia. Correo electrónico: [fleerpe@bluewin.ch](mailto:fleerpe@bluewin.ch).

## 1. Una historia de violencia

En varios aspectos, *La Patria del Criollo. An Interpretation of Colonial Guatemala*, de Severo Martínez Peláez —el primer libro que comentamos aquí— constituye una excepción a lo antes dicho. Publicado originalmente en 1969 en español, el análisis sobre la sociedad colonial se basa en el positivismo de un materialismo histórico bastante rígido. Pero el autor también intenta entrar en el debate permanente sobre la identidad nacional guatemalteca y, sin ninguna duda, hay que admitir que logra sentar un hito en la historiografía guatemalteca. La obra monumental de Severo Martínez Peláez sigue siendo en la actualidad un punto de referencia para todo estudiante interesado en las raíces coloniales de la sociedad guatemalteca. Por ello, no se puede resaltar demasiado el mérito de los famosos historiadores W. George Lovell y Christopher H. Lutz de haber impulsado la traducción del texto al inglés. Lograron reducir el volumen del original español de casi 800 a 300 páginas. Esta actualización no solamente permite ampliar el círculo de nuevos lectores, sino que anima a aquellas personas que durante sus estudios habían disfrutado el original a redescubrir este texto siempre estimulante. La interesante lectura se debe también a la competente introducción de los editores. Éstos sitúan al autor en el contexto histórico: un intelectual ladino, miembro de la clase media, marxista convencido, protagonista de la resistencia contra el golpe militar reaccionario de 1954, exiliado en México, académico en la Universidad de San Carlos (Guatemala) y activista político cuya vida corrió peligro durante la violencia creciente de la década de los sesenta. Basándose en este contexto biográfico, hacen una diferenciada crítica del libro, cuya génesis e intensa recepción contradictoria tuvieron lugar aproximadamente en el período que se inicia con la caída del gobierno democrático de Jacobo Arbenz (1951-1954) y termina a finales de la década de los setenta, un período marcado por la intensificación de la guerra civil y la “última masacre colonial” (Greg Grandin) sobre el pueblo q’eqchi’ de Panzós, en 1978, que iba a representar un inicio para los siguientes excesos de violencia.

La interpretación de Martínez Peláez de la historia colonial de Guatemala, basada principalmente en textos de cronistas de los siglos XVII y XVIII, es tanto un estudio histórico riguroso como un texto con mucha fuerza explosiva política. El libro es una crítica amarga a la idea nacional propagada por las élites guatemaltecas. Negando el carácter mestizo de la república e insistiendo en que la sociedad guatemalteca sigue siendo una sociedad colonial de corte criollo basada en la explotación feudal de los pueblos indígenas, el libro cuestiona la propia identidad nacional. Este texto fue criticado desde su publicación por su rígido enfoque marxista. Por muy correcto que sea este diagnóstico, el libro merece sin embargo una valoración diferente. Aunque ciertos puntos débiles de la obra se deben a esta rigidez, hay que admitir que ésta es, al mismo tiempo, un punto fuerte por constituir una interpretación metódica de las fuentes que permite una deconstrucción ideológica de las descripciones y argumentaciones de los cronistas, llegando de esta manera a un análisis de la sociedad colonial que, aun no siendo perfecto, es contundente por su coherencia argumentativa inherente. Sin embargo, en comparación con los demás libros resumidos aquí, es preciso destacar un problema, que es el de la conceptualización de la cultura indígena. Al considerar que la cultura es exclusivamente un instrumento de dominación, Martínez Peláez argumenta que la cultura indígena estuvo marcada completamente por el régimen colonial. Aunque rechaza el planteamiento liberal-indigenista de la ladinización, mantiene un concepto revolucionario-modernista,

en el fondo eurocentrista, que es incapaz de pensar que es posible un desarrollo emancipador sin la simultánea destrucción de la cultura indígena. Así, Martínez Peláez concede a los indígenas solamente una capacidad muy limitada de actuar y se ve incapaz de reconciliar la resistencia indígena con su concepto revolucionario. En su imaginación no cabe una figura como la del “maya hacker” descrita por la antropóloga Diane M. Nelson a finales de los noventa. Finalmente, Martínez Peláez se queda encerrado en la forma de pensar dominante de su tiempo, que solamente logra pensar sobre los indígenas en términos de “nosotros y los otros”, que deriva en la conclusión tautológica que pretende que un actor “indio” ya no es un “indio”.

A pesar de estos defectos, que reflejan el concepto de modernización y modernidad dominante en aquella época, en el contexto de los debates actuales sobre las identidades étnicas y nacionales en Guatemala *La patria del criollo* constituye, en su condición histórica, un aporte pesado a la lucha continua por superar la época colonial. Es un paso en el largo camino hacia interpretaciones del pasado y visiones del futuro que tienen en cuenta la perspectiva de los oprimidos, ya sean indios, indígenas, mayas o ladinos.

Esto último es exactamente lo que intentan hacer de una u otra manera los demás libros: dar una voz a los oprimidos en la lucha actual y futura sobre las interpretaciones que hay que dar a la realidad guatemalteca. La colección *After the Coup. An Ethnographic Reframing of Guatemala 1954*, editada por Timothy J. Smith y Abigail E. Adams, tematiza un evento trascendental que prefiguró las condiciones históricas de esta lucha. Los seis ensayos del tomo se basan en una conferencia sobre el significado del golpe militar de 1954 como ruptura y eslabón entre los diez años de primavera democrática y el prolongado invierno de la violenta guerra fría en Guatemala hasta la conclusión de los acuerdos de paz en 1996.

Aunque no ponen en duda que el golpe fue un punto de inflexión en la historia del país, los ensayos no se centran en el mero evento, sino más bien en sus consecuencias. Se distancian del tópico de que el golpe fue patrocinado por los EE. UU. o la CIA y se centran en los actores guatemaltecos que influyeron en los acontecimientos antes, durante y después del golpe. En su artículo sobre el famoso antropólogo guatemalteco y primer director del Instituto Indigenista Nacional (IIN), de 1945 a 1949, Antonio Goubaud Carrera, Abigail Adams intenta revisar la crítica tradicional al indigenismo propagada por Goubaud Carrera. Si bien busca formar una identidad nacional en términos de homogeneidad, no cree que la aculturación de los indígenas sea la simple solución al “problema de los indios”. Para encontrar una vía hacia la modernidad que no signifique la asimilación completa de la cultura indígena, considera indispensable el intensificar la investigación, porque constata que se sabe muy poco en Guatemala sobre las culturas de la mayoría de la población.

Desde el punto de vista de esta mayoría de la población, la Revolución de Octubre y el golpe de 1954 requieren una interpretación diferente. David Carey tiene razón cuando, desde una perspectiva maya, hace una objeción a la calidad de punto clave que se atribuye al golpe de 1954. Asimismo, la Revolución de Octubre y la década democrática no aparecen forzosamente como procesos de liberación y emancipación. El acontecimiento clave, en cambio, fue la masacre de Patzicía, que ocurrió en los primeros días después de la caída de la dictadura de Jorge Ubico, en octubre de 1944. En un acto de venganza, algunos ladinos de los municipios vecinos mataron hasta cien y más vecinos indígenas de Patzicía. Aunque cabe ser prudentes con las generalizaciones, Carey nos recuerda que

desde la perspectiva indígena de una capa social inferior, los cambios democráticos de 1944 pudieron tener otro significado que para los ladinos urbanos de la clase media. Para los indígenas los cambios no fueron siempre tan evidentes como para convencerles de que el Estado ya no seguía siendo cómplice de los explotadores locales ladinos. Los indígenas contrapusieron las promesas de los gobiernos reformistas de Juan José Arévalo (1945-1951) y Jacobo Arbenz a la peligrosa fragilidad de la democracia. Desde su perspectiva, los caudillos de la camada de un Jorge Ubico garantizaban a nivel local por lo menos una cierta transparencia de poder y limitaban la arbitrariedad por parte de las élites locales. De esta forma, Carey interpreta la preferencia histórica de importantes sectores mayas por las políticas autoritarias como una decisión racional basada en la experiencia particular de un pueblo colonizado.

Sin embargo, a fin de cuentas, los efectos del período democrático hasta la época de los mayas tuvieron muchas facetas que, al abrir espacios de acción política, permitieron a éstos recuperar posiciones de control a nivel comunal. Por ello, otros ensayos dan ejemplos de las respuestas indígenas positivas a la revolución y a las reformas democráticas. Analizando las complejas relaciones entre los indígenas y los ladinos en una comunidad particular, Christa Littel-Siebold sostiene que a nivel local era donde se manifestaba el conflicto entre una identidad cultural indígena con raíces prehispánicas y una modernidad poscolonial de corte europeo que aspiraba a construir una nación de guatemaltecos. Otro ámbito importante donde se manifestaba la difícil relación entre los mayas y el Estado-nación que se estaba formando era la lengua. Judith Maxwell describe los programas estatales para fomentar las oportunidades educativas para los mayas a partir de 1960. Se trataba de experimentos del Estado para ofrecer vías alternativas para la integración nacional. Maxwell concluye que los empeños de estandarización de los idiomas mayas y de establecer una educación bilingüe fueron importantes para la formación de un movimiento maya con bases urbanas.

Este enfoque local-nacional viene completado por los ensayos más globales de June Nash y Richard N. Adams, que relatan las experiencias personales durante el golpe de 1954 y bosquejan las dinámicas históricas desde 1954, respectivamente, relacionando el desarrollo en Guatemala con el papel del antropólogo en el contexto de poder y política exterior de los EE. UU. Nash resume los cambios que se vivieron en las complejas líneas de conflicto en la comunidad k'iche' de Cantel (que en los cincuenta fue la base empírica para el paradigmático estudio *Los mayas en la era de la máquina: la industrialización de una comunidad guatemalteca*, de Manning Nash) durante la segunda mitad del siglo XX y los relaciona con la política exterior de los EE. UU. Mirando hacia atrás, constata que los devastadores resultados de esta política afectaron la manera de trabajar de los antropólogos. La investigación de campo inocente y desinteresada cedió paso a formas de solidaridad con las comunidades locales que fomentaron una conciencia crítica entre los antropólogos frente al riesgo de fungir indirectamente de cómplices de los intereses políticos de los EE. U. Según Nash, el activismo que resultó de ello anticipó en cierto modo la corriente moderna de una antropología comprometida.

Desde una posición crítica frente a los EE. UU., tanto Nash como Adams comparan el golpe patrocinado por la CIA con las repercusiones de las intervenciones estadounidenses en otros países (Irán 1953, Bolivia y Brasil 1964, Irak 2003). Adams sugiere que hay que hacer una división en períodos de la dinámica iniciada por el golpe de 1954 en tres fases: una fase burguesa entre 1944 y 1954, una fase ladina entre 1962 y 1968 y una

fase indígena a partir de principios de la década de los setenta. Afirma que la presencia indígena estaba en crecimiento ya antes de la formación del movimiento panmaya al umbral de las décadas de los ochenta y noventa. En el breve epílogo de Víctor D. Montejo, maya y secretario de paz en 2004-2005, durante el gobierno de Óscar Berger, se subraya, a modo de conclusión, la importancia de este movimiento. De forma semejante a Adams, Montejo traza una línea entre la Revolución de Octubre de 1944 y los acuerdos de paz de 1996 como singulares fenómenos sociales totales en la historia de Guatemala. Cada uno de ellos conllevó profundos cambios estructurales en toda la sociedad.

Muchos estudios hacen hincapié en otro eje histórico al describir la segunda mitad del siglo xx en Guatemala, es decir, la época que enlaza el golpe de 1954 con el terrorismo de estado a finales de los setenta y principios de los ochenta. Al referirse a este eje, la historiadora Virginia Garrard-Burnett, de la Universidad de Texas en Austin, analiza en su estudio *Terror in the Land of the Holy Spirit. Guatemala under General Efraín Ríos Montt, 1982-1983* la fase más sangrienta durante los treinta y seis años de la guerra civil en Guatemala: el régimen del general Efraín Ríos Montt, contra quien se abrió recientemente –casi tres décadas después de los delitos– un pleito por genocidio y otros crímenes contra la humanidad.

El libro se inscribe en el debate historiográfico actual sobre la índole y el sentido de la guerra civil en Guatemala. Comenta la autora que esta clase de preguntas es relativamente nueva para Guatemala y que resulta del empeño de la gente de “recuperar la historia” y hacer responsables a aquéllos que causaron tanto dolor y sufrimiento. En el discurso común se conoce el período de los gobiernos de Romeo Lucas García y Efraín Ríos Montt como “la violencia”. Garrard-Burnett argumenta que, desde la perspectiva militar, el terrorismo de Estado de estos años prometió una solución final a los problemas sociales y políticos que se habían acumulado desde 1954. Afirma que la violencia puso de manifiesto la falta de un concepto republicano contundente en Guatemala, o sea, la falta de un nacionalismo o un imaginario compartido por todos los grupos sociales, causando así un vacío de poder e imaginación conocido generalmente en América Latina como ingobernabilidad.

La campaña de contrainsurgencia a principios de los ochenta fue la calamidad más grave para la vida y cultura de los mayas en Guatemala desde la conquista española del siglo xvi. El interés principal de la autora no es relatar los actos violentos. Su pretensión es, en cambio, hacer un amplio análisis del contexto para descubrir las conflictivas versiones sobre memoria histórica y las metáforas sociales que hicieron posible la extrema violencia. Al exceder los límites de un debate, a menudo ahistórico, centrado en el racismo en Guatemala y el papel de los mayas en la guerra civil, la autora intenta contar la historia de la violenta mezcla de los diferentes conceptos de raza, clase, nacionalismo, religión, utopismo y mesianismo.

Al abordar la figura de Ríos Montt, la autora se ve ante un enigma obvio. ¿Por qué gozaba el general hasta hace poco de una gran popularidad en vastos sectores de la sociedad guatemalteca, incluidos considerables sectores mayas, a pesar de su evidente responsabilidad política en la extrema violencia durante su régimen? Un elemento importante para explicar este fenómeno lo constituye, según la autora, la capacidad del fanático evangélico Ríos Montt de manipular ideas e informaciones, creando así nuevos conceptos de “realidad”. Garrard-Burnett considera este componente ideológico por lo menos tan importante como la habilidad estratégica del gobierno de Ríos Montt para ejercer el terror.

Contrastando los discursos cristianos dominicales de Ríos Montt, en los cuales propagaba su idea de una nueva Guatemala, con las atrocidades cometidas contra el propio pueblo, Garrard-Burnett expone la paradoja tan característica del gobierno ríosmonttista. Pero no se contenta con interpretar esta paradoja simplemente como un discurso instrumental de la élite para mantener la condición colonial, sino que empieza a considerarla dentro del marco de las nociones de hegemonía abordadas por autores como Antonio Gramsci y James C. Scott. En el contexto guatemalteco, Ríos Montt logró confeccionar con su retórica y la práctica contrainsurgente un genuino universo simbólico que se distinguió de la corrupta normalidad política en Guatemala. Su visión de una nueva Guatemala, propagando con palabras del Evangelio un renovado pacto entre el pueblo y el Estado, contenía para muchos guatemaltecos una promesa de un posible futuro nacional. Sin embargo, la autora deja claro que los excesos de violencia no hubieran podido ocurrir sin el consentimiento por lo menos implícito de importantes actores extranjeros, como por ejemplo sectores evangélicos influyentes en los EE. UU. y el gobierno estadounidense. A este respecto el libro destaca el papel primordial que desempeñó la embajada de los EE. UU. en Guatemala en la campaña de desinformación en favor del régimen de Ríos Montt.

Aunque los efectos del terror estatal contra la población maya fueron devastadores a corto plazo, al insertar poderosas diferencias en y entre las comunidades, la autora afirma que estos efectos no pudieron impedir a largo plazo el fortalecimiento de un movimiento panmaya que luchó por la recuperación de la memoria y la reinterpretación de la violencia en términos de racismo, rechazando interpretaciones dentro del marco de la Guerra Fría y del anticomunismo. Tiene razón en destacar la importancia de las organizaciones de derechos humanos en Guatemala y de la comunidad internacional que denuncian este genocidio. El dar una voz a las víctimas contra el silencio, el olvido y la omisión sigue siendo una fuerte arma en la lucha permanente por las percepciones, las ideologías y las identidades. Tiene razón en destacar que el argumento de genocidio alegado por las organizaciones de derechos humanos es crucial para dar una voz a las víctimas contra el silencio, el olvido y la omisión. Sigue siendo una fuerte arma en la lucha permanente por las percepciones, las ideologías y las identidades.

La autora del libro que reseñamos a continuación es una destacada protagonista en esta lucha por dar una voz a las víctimas. Entre otras cosas, Victoria Sanford es profesora titular de Antropología en el Lehman College de la City University of New York y desempeña varios cargos como investigadora para instituciones que actúan en la resolución de conflictos internacionales y el estudio de genocidios y derechos humanos. Su libro sobre la masacre de Panzós (*La masacre de Panzós: etnicidad, tierra y violencia en Guatemala*), que salió en primera edición en 2001, explica las razones por las cuales esta masacre sigue siendo tan importante en la lucha continua por hacer una interpretación del pasado reciente de Guatemala. Su compromiso deriva de su actividad como dirigente en la investigación sobre la masacre de los años 1997-1998 con la Fundación de Antropología Forense, cuyos resultados fueron utilizados en el informe de la CEH.

Panzós es un municipio q'eqchi' del departamento de Alta Verapaz que se hizo tristemente famoso por una masacre que tuvo lugar allí el 29 de mayo 1978. No era y no iba a ser una de las masacres más grandes y perversas en Guatemala. Sin embargo, es una de las más conocidas y tiene gran importancia simbólica. Bautizada por el historiador Greg Grandin como "la última masacre colonial", la masacre de Panzós abrió la puerta al holocausto contra los mayas de principios de los años ochenta.

El libro tiene tres objetivos. Quiere demostrar primero que la masacre de Panzós no fue un acontecimiento singular en la historia del municipio, sino que forma parte de una larga serie de despojos y opresión. En segundo lugar intenta desenmascarar la perversión del distorsionado discurso oficial sobre el acontecimiento. Por último intercede en favor de las víctimas dándoles una voz para esclarecer los hechos relativos a la masacre. La primera de las tres partes del libro se centra en el tema del problema de la tierra y ubica a Panzós en la historia general de Guatemala. Hay que abrir aquí un breve paréntesis crítico: al no aportar nuevas perspectivas o conocimientos sobre el debate relativo a los aspectos generales de la historia guatemalteca, resulta demasiado largo y sería bueno abreviarlo para permitir enfocar más concisamente la historia local de Panzós. El lector familiarizado con la historia moderna de Guatemala debería concentrarse en las otras dos partes del libro.

El desmontaje del discurso oficial, basado en una lectura cuidadosa de los comunicados oficiales y de las noticias de prensa, muestra los patrones de adulteración y mentira por parte del gobierno y del ejército para responsabilizar a las víctimas de su victimización. En este imaginario distorsionado, los vecinos de Panzós aparecen como agresores manipulados por agentes extranjeros (guerrilleros), mientras que los militares involucrados son presentados como las víctimas a la defensiva. Victoria Sanford llama nuestra atención sobre un punto importante, haciendo hincapié en el hecho de que el discurso oficial y su reflejo refractado en la prensa abren un debate en las zonas urbanas, sobre todo en la capital, sobre un evento en el campo. Debido a la censura de los gobiernos autoritarios, la población urbana sólo disponía de informaciones tendenciosas sobre la realidad rural. Mucha gente creyó las explicaciones tranquilizadoras sobre el conflicto interno, que insinuaban que las víctimas habían sido simpatizantes o miembros de la guerrilla. De manera contundente la autora insiste en la gran importancia que tiene el crear un discurso alternativo para dar una voz a las víctimas y dismantelar la interpretación hegemónica racista del proyecto nacional guatemalteco.

La última parte del libro narra de cerca el proceso de exhumación de un cementerio clandestino en Panzós dirigido por la autora. Intenta reconstruir los hechos relativos a la masacre entrevistando sistemáticamente a los supervivientes y recopilando la información en los archivos municipales. Pero la autora señala que estos trabajos no sirvieron solamente para reconstruir los hechos y elaborar una verdad objetiva. El objetivo central consiste en la recuperación de la memoria de los sin voz y en la reafirmación de la agentividad de los campesinos indígenas y su derecho a ser escuchados.

La CEH fue uno de los resultados de las negociaciones de paz entre la guerrilla y el Estado guatemalteco en la década de los noventa. En su informe final, *Guatemala: Memoria del silencio*, califica de genocidio la violencia perpetrada por el ejército y el Estado guatemalteco en 1999. La argumentación específica sobre este tema se presenta ahora en inglés en una edición pulida de Etelle Higonnet bajo el título de *Quiet Genocide. Guatemala 1891-1983*. La introducción del texto es de Juan E. Méndez, asesor especial de la ONU para la prevención de genocidios y presidente del Centro Internacional para Justicia Transicional. El marco de la edición lo constituyen dos ensayos científicos. El historiador Greg Grandin encuadra la historia del establecimiento de la CEH en la época de los “diez años de primavera” entre 1944 y 1954 y el golpe reaccionario patrocinado por el CIA. Argumenta que mientras la década democrática después de 1944 conoció una movilización y politización en la que participaron vastos sectores de la sociedad,

en particular la población rural indígena, el golpe de 1954 restauró la dinámica excluyente que había caracterizado la historia guatemalteca hasta 1944. Sin embargo, Grandin afirma que, en el pasado, el Estado no había respondido únicamente con represión a las exigencias de los sectores populares, sino también con concesiones y negociaciones. En el contexto de la Guerra Fría se perdió esta flexibilidad, por muy restringida que hubiera sido. Su punto de vista se deja resumir como sigue: el anticomunismo de este período intensificó el racismo nacionalista contra los mayas. Las élites vieron en la represión intransigente de cualquier reivindicación social la única forma de contener la presunta amenaza que suponía ser el comunismo. Al no lograr oprimir completamente las aspiraciones de las clases bajas y medias, la represión se convirtió en terror estatal. Para Grandin no cabe duda de que el genocidio fue una reacción bien estructurada y planificada dentro de una formación anticomunista y contrainsurgente del Estado. En este sentido, no corresponde al modelo del “Estado fallido”, sino que exige un análisis apropiado para la situación particular de Guatemala.

El segundo ensayo, de la profesora de Derecho de la Universidad de California Naomi Roht-Arriaza, resume el desarrollo de algunos casos judiciales tratados por tribunales españoles y organizaciones guatemaltecas contra altos oficiales involucrados en los crímenes de guerra. A través de tres casos representativos demuestra cómo el sistema judicial guatemalteco no estaba dispuesto a colaborar con la justicia internacional y seguía obstaculizando los procedimientos. Sin embargo, las acusaciones y órdenes de arresto internacionales obligaron a los tribunales guatemaltecos a tomar nota de las normas de legislación internacional y a comparar sus propios procedimientos con la jurisprudencia practicada por los tribunales internacionales. Ante todo, señala Roht-Arriaza, los procedimientos judiciales llamaron la atención pública sobre las atrocidades cometidas en nombre del Estado guatemalteco. Concluye que, a partir de 2008, existen indicios de que la balanza de la justicia comienza a inclinarse paulatinamente en favor de las víctimas, aunque la Corte Constitucional guatemalteca siguiera favoreciendo a los militares acusados. El ensayo concluye corroborando la importancia del informe de la CEH para sacar a la luz pública el genocidio guatemalteco y combatir la impunidad.

Al recopilar la documentación sobre las atrocidades investigadas por la CEH, el libro contribuye a que no se olvide la perspectiva de las víctimas en la lucha continua sobre la interpretación histórica de la violencia y alza su voz en contra de la “negación plausible” de los autores de las atrocidades. Además, es preciso valorar el tomo porque aporta importantes informaciones de fondo que permiten situar a la CEH en el contexto internacional como un punto importante de referencia tanto para otras comisiones de verdad en otros países como para los profesionales en el campo de la justicia transicional.

## 2. En búsqueda de la identidad maya

La violencia fue sin ninguna duda un factor decisivo para la formación del movimiento maya en la década de los noventa. La ideología panmaya propagada por una clase nueva de intelectuales indígenas se convirtió bastante rápido en una voz poderosa de la identidad indígena que se basaba en una identidad común maya. El estudio bajo el título *Del indio al maya. Identitätspolitik der Maya-Bewegung in Guatemala (política de identidad del movimiento maya en Guatemala)*, de Barbara Hirschmann, analiza la histo-

ria y las políticas de identidad del movimiento maya. El libro es la versión actualizada de la tesis de maestría en Antropología cultural y social que la autora presentó en 2007 en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Viena. Debido a esto, el texto parece algo rígido, pues se ajusta a los requisitos que tiene que cumplir un trabajo académico de calificación. Sin embargo, vale la pena leerlo. Está basado en los planteamientos teóricos más recientes de los estudios culturales que consideran a las identidades étnicas ya no como un marco de acción esencial ahistórico, sino como una entidad que hay que construir cultural y políticamente. En particular, el libro se beneficia de los métodos de análisis de discurso de la tradición foucaultiana: plantea los discursos en términos de poder y subraya su dualidad inherente, que a la vez dan origen a ideologías y construyen realidades.

En los capítulos principales, Hirschmann expone al inicio los acontecimientos históricos desde la década de los setenta, que desembocaron, en la década de los noventa, en la formación del movimiento maya, hasta la crisis de legitimidad y representación del movimiento a partir del fin del siglo. Al valorar las relaciones entre modernización, ladinización, mestizaje y racismo critica los conceptos de hibridismo y multiplicidad que tienden a ignorar las relaciones asimétricas entre los mayas y los ladinos y a reproducir la desigualdad social, como lo hace por ejemplo el concepto del mestizaje intercultural del publicista guatemalteco Mario Roberto Morales.

A continuación, la autora aborda los procesos de formación de identidades durante las últimas décadas en el contexto del fortalecimiento de políticas indígenas de identidad en toda América Latina, centrándose en los discursos autorrepresentativos de la clase dirigente maya. Sitúa el debate sobre los conceptos de identidad, cultura, etnicidad y nación en el contexto del entrelazamiento transnacional de los movimientos indígenas. En el caso guatemalteco constata que los discursos ideológicos de los intelectuales mayas se remiten a la existencia histórica de un pueblo maya. El idioma, la historia, la cosmovisión, el espiritualismo, los jeroglíficos, el territorio y el traje constituyen importantes elementos culturales en la construcción discursiva de la identidad maya. Cada uno de estos elementos contiene fuertes significados simbólicos que corroboran la identidad maya. Pero, sostiene Hirschmann, ninguno es unívoco ni unidireccional. Esto vale sobre todo para la identidad simbólica de la mujer maya, a la que el discurso maya exalta como el centro de conservación cultural, exaltación que tiende a ocultar los patrones de opresión de género y que ha generado recientemente puntos de vista femeninos alternativos sobre la identidad, el género y la pertenencia étnica.

El estudio de Hirschmann expone las dos tensiones centrales que produce el discurso maya. Una resulta de la apropiación y el rechazo selectivos de las suposiciones fundamentales de las ciencias occidentales por parte de los intelectuales mayas, que puede plantear a los investigadores de formación europea o estadounidense graves problemas metodológicos y teóricos. La contradicción es particularmente evidente en estudios basados en teorías constructivistas que se oponen explícitamente a cualquier forma de esencialismo. Según la autora, el diálogo respetuoso entre ambos grupos exige la disposición de todos de aceptar mutuamente las diferencias, incluidas formas contrarias de generación de conocimientos. La otra tensión tiene que ver con el problema de la representación y el esencialismo indígena y se refiere al contraste entre las construcciones estratégicas de identidad y las realidades experimentadas por la gente en contextos diversos urbanos y rurales.

La identidad maya sigue siendo controvertida. Pero sería un error considerar el proyecto maya como un fracaso. La autora subraya que el movimiento logró establecer el discurso sobre la nueva identidad maya en el contexto nacional. Al constituir una identidad política, el movimiento contribuyó, además, a ampliar los márgenes de maniobra de los mayas de la comunidad local al plano nacional. Sin embargo, el movimiento maya como proyecto político emancipador se vio frente a grandes retos. Los límites de un concepto multiculturalista de la sociedad en contextos neoliberales marcan los problemas del discurso maya. Existe el peligro de una “culturalización” de desigualdades que oculta otros sistemas de jerarquía social, como las relaciones de clase o de género. Ante esta situación, sostiene la autora que la combinación contradictoria entre absolutizar de un lado las diferencias culturales y superar del otro los desequilibrios sociales podría haber llevado al movimiento maya a un callejón sin salida. Sugiere que para salir de allí, el movimiento maya tuvo que aceptar la diversidad de las realidades indígenas y encontrar modos de enlazamiento entre los grupos heterogéneos para transformar la diversidad interna en un programa políticamente potente.

Una voz maya sobre la formación de la identidad maya es la que proporciona Emilio Del Valle Escalante, siendo él mismo de origen maya k'iche'. Su estudio *Maya Nationalisms and Postcolonial Challenges in Guatemala. Coloniality, Modernity, and Identity Politics* examina cómo, desde la década de los setenta, las narraciones hegemónicas sobre la modernidad, la historia, la nación y la identidad cultural han sido desafiadas por actores indígenas. Al abrir el debate con la hipótesis de que las narraciones mayas contemporáneas promueven nacionalismos basados en la reafirmación de la pertenencia a una etnia y las lenguas mayas, el autor expone cuidadosamente las diferencias entre las voces mayas. Distingue discursos de contestación que atacan la jerarquía que diferencia entre grupos dominantes y mayas, narraciones revolucionarias moderadas que aspiran a una revitalización cultural y posiciones elitistas para un mayacentrismo neoliberal que tienden a excluir a los pueblos en condición de inferioridad social. Aprovecha el concepto del colonialismo de poder acuñado por Aníbal Quijano y Walter Dignolo para situar los debates sobre el movimiento maya en un contexto de hegemonía y dominación que seguía estando determinado por las estructuras coloniales. Afirmo que cualquier debate que relacione a los pueblos indígenas con las nociones de “modernidad”, “nación” o “ciudadanía” como puntos de referencia tiene que abordar el colonialismo de poder y las condiciones materiales de jerarquía para ser capaz de reconceptualizar estas mismas categorías con vistas a la formación de un Estado-nación intercultural en Guatemala.

En la parte primera, Del Valle Escalante contrapone los textos del escritor kaqchikel Luis de León (1940-1984) a los de Miguel Ángel Asturias (1899-1974) para sondear los problemas a la hora de hacer una narrativa de un nacionalismo maya alternativo. El análisis del diálogo entre ambos autores sugiere que la cosmología maya constituye el lugar de enunciación más decisivo contra el sistema capitalista dominante en Guatemala. Basándose en este debate, Del Valle Escalante tematiza el concepto de modernidad y tradición en el pensamiento de Rigoberta Menchú. Expone su intento de activar la autoridad de la tradición en el presente como una respuesta a las condiciones de explotación. Al hacer hincapié en la cosmovisión maya, Menchú desarrolla un *locus* de enunciación epistemológico para hacer frente a las narraciones hegemónicas de transculturización e hibridismo en nombre de la homogeneización nacional y reclama la compatibilidad de la

“tradicción” maya con la “modernidad” occidental, proponiendo que los valores “tradicionales” puedan contribuir a una reconfiguración duradera de la misma modernidad.

Estas progresivas voces de confrontación frente a la idea de una modernidad preestablecida contrastan en la segunda parte con dos perspectivas que parten de epistemologías hegemónicas. La polémica del publicista Mario Roberto Morales en relación con los intentos de intelectuales mayas de construir una identidad panmaya presenta el mestizaje como la única alternativa al callejón sin salida donde supuestamente se encuentran los indígenas frente al reto de la modernidad. Mientras la posición de Morales como ladino parece coherente a primera vista con una perspectiva esencialista no indígena, la voz del kaqchikel maya y periodista reconocido Estuardo Zapeta, que se considera a sí mismo un intelectual liberal posmoderno, podría resultar irritante. Afirma que, para lograr sus objetivos, el movimiento maya tendría que aceptar sin reservas los valores del modelo neoliberal prevaleciente. En opinión de Zapeta, la identidad maya se confirma en el tipo del empresario maya autónomo que sabe explotar los adelantos modernos económicos y técnicos.

Del Valle Escalante subraya que lo nuevo en estos debates sobre la identidad cultural, la modernidad y la experiencia colonial es la participación activa del movimiento maya, cuyos representantes exigen una reconfiguración de las epistemologías dominantes y la creación de un concepto del indio para superar la dicotomía de civilización y barbarie. En particular insiste en la lucha por deconstruir las representaciones esencialistas del mundo indígena que definen la cultura maya en términos de autenticidad. Centra su análisis de este debate en una valoración crítica de las reformas de educación y de los proyectos recientes de educación bilingüe. Al reconocer los progresos alcanzados por estos programas rechaza no obstante los conceptos fundamentales asimétricos que propagan un relativismo cultural de corte liberal que sigue buscando ocultar cuestiones críticas acerca de la presencia de poder, control, desigualdad e injusticia. Critica que las exigencias de cambio se dirijan en primer lugar a los mayas. Se queja en particular de la falta de afrontar el reto de transformar también a los ladinos en sujetos interculturales. Ahondando más en esta reflexión da un giro radical a la perspectiva al concluir que, en realidad, no hay un “problema del indio”, sino, sobre todo, un “problema del ladino”. La solución de este problema, destaca, exigiría nada menos que hacer a los no mayas a una parte de la modernidad indígena.

### 3. Vidas y memorias urbanas y rurales

Brigitte M. French somete en su estudio *Maya Ethnolinguistic Identity. Violence, Cultural Rights, and Modernity in Highland Guatemala* las bases de la ideología lingüística del movimiento maya a un análisis crítico y estudia las interrelaciones entre aquella ideología y las prácticas lingüísticas cotidianas a nivel local. A diferencia de los estudios de Hirschmann y Del Valle Escalante, la investigación de French se centra en las experiencias de comunidades locales y su manejo de idiomas “desde abajo” frente a las estrategias lingüísticas “desde arriba” del movimiento maya. Según ella, el proyecto de revitalización cultural maya, concebido como alternativa emancipadora del nacionalismo homogeneizante, se orienta fundamentalmente en el ideal de un pueblo maya unido y tiende por ello a reciclar la misma construcción esencialista de lengua que el nacionalismo elitista. Estas ideologías basadas en lenguas nacionalistas no tienen que corresponder

a las experiencias particulares de las comunidades mayas locales, cuyos vecinos, al identificarse como indígenas, no se refieren primordialmente a un grupo lingüístico translocal, sino ante todo a la comunidad local.

Para estudiar los efectos de los proyectos estratégicos de identidad etnolingüística, French llevó a cabo extensos trabajos de campo en unas comunidades kaqchikeles y k'iche's bilingües en el altiplano occidental. Al situar el análisis de lenguas explícitamente en el contexto más amplio de las dinámicas políticas e ideológicas, puede enlazar las formas y funciones lingüísticas con las categorías de conciencia, posición social y relaciones de poder. Gracias a ello puede demostrar cómo los hablantes de comunidades urbanas indígenas bilingües rompen sistemáticamente las bases esencialistas de los proyectos lingüísticos estratégicos.

Los resultados del estudio afirman, de un lado, que en la Guatemala del posconflicto el enlazamiento de ciertas nociones de tradición con la lengua puede fortalecer las relaciones hegemónicas de poder que sirven para someter a los indígenas. Del otro lado, el estudio esmerado de las ideologías de idioma presentes en las comunidades kaqchikeles y k'iche's muestra que el conjunto ideológico de tradición y lengua puede ser también utilizado para desafiar los imprevistos efectos exclusivos de homogeneización que pueden traer consigo los proyectos sociales democráticos como el movimiento maya. Las narraciones de modernidad y progreso que moldean las experiencias cotidianas de la gente tienden a identificar el idioma indígena con un modo de vida obsoleto y el español con una vida moderna mejor. French sostiene que bajo estas condiciones el discurso panmaya sobre cultura e identidad "modernas" promueve, paradójicamente, a la vez el cambio hacia el español y el crecimiento del capital simbólico de los idiomas mayas.

Un punto particularmente interesante a este respecto es el impacto de los discursos ideológicos sobre la identificación lingüística de las mujeres mayas. Los datos de French ponen en duda las opiniones comunes generalmente aceptadas sobre el papel de las mujeres mayas en la reproducción social. Documentan que en una comunidad urbana kaqchikel el número de mujeres jóvenes que se autoidentifican como monolingües en español era significativamente más alto que el de los varones. Obviamente, la preferencia del español entre las mujeres jóvenes tenía que ver con los conceptos locales de la personalidad "moderna" que son valoradas de forma diferente por las mujeres y los varones a causa del trasfondo cultural, que había discriminado tradicionalmente el uso del español por parte de las mujeres, perjudicándolas en los sistemas educativo y laboral.

Concluyendo, French afirma que a finales del siglo xx la noción de modernidad fue central tanto para el Estado como para el movimiento maya. Distingue tensiones entre el esencialismo estratégico de los proyectos etnolingüísticos mayas y las diversas experiencias cotidianas de las comunidades bilingües locales que corresponden más al concepto de modernidad múltiple que a un modelo de una modernidad predefinida. Un elemento central en la búsqueda de modernidades vernáculas es la objetivación estratégica de "tradición" por parte de los actores. La autora distingue en particular tres ámbitos en los cuales estas objetivaciones pueden servir a los actores indígenas para instrumentalizar la tradición para perseguir objetivos modernos: el turismo, la colaboración internacional y la emigración. Para fomentar el cambio social invita al movimiento maya a tomar en serio las experiencias locales de modernidad y a entenderlas en contextos cada vez más transnacionales.

Las experiencias cotidianas de los guatemaltecos son centrales también para la investigación de Diane M. Nelson, quien califica su nuevo libro *Reckoning. The Ends of*

*War in Guatemala* como una continuación de un estudio anterior. Profundiza en las afirmaciones expuestas en su obra *A Finger in the Wound: Body Politics in Quincentennial Guatemala* (Berkeley: University of California Press, 1999), en las que contempla los modos de conmemoración de los quinientos años de la llegada de Cristóbal Colón a América. Mediante esta comparación llega a constatar con sorpresa que la historia importa hoy más que hace diez años.

Dejando definitivamente atrás los planteamientos estructuralistas, *Reckoning* trata sobre el período de la posguerra, que es un fin (de la guerra civil), pero no un inicio (de la paz). Bajo el posestructuralismo no hay nada esencial, nada fijo, nada inequívoco. Esto vale también para el idioma como medio central de conocimiento. Nelson toma en serio la ambigüedad que hay en muchas palabras y la utiliza como instrumento heurístico. Esto queda claro ya en el título del libro. El verbo *to reckon* tiene tres significados y cada uno es relevante para el estudio de la posguerra, o sea, el contar números (la estadística de muertos, desaparecidos, torturados, mutilados, refugiados), la evaluación de las futuras posibilidades (las perspectivas de desarrollo individual y nacional) y el saldo de las cuentas (entre víctima/s, victimario/s y colaboracionista/s). Estos aspectos se refieren a las preguntas que se están haciendo a las guatemaltecas y los guatemaltecos después de haber vivido en uno u otro o incluso en varios papeles los horrores de la guerra civil. Los intentos colectivos de equilibrar los libros y definir un futuro pacífico se materializan en el individuo cuestionando su identidad como modo de ubicación en el mundo. Pero en un mundo posestructural la identidad no es algo estable, no es un punto de referencia. Por el contrario es algo fluido, permanentemente en formación, transformación y relación con el medio social. Este alto grado de vaguedad requiere un amplio enfoque metódico y diferentes formas de narración, cuentos y repertorios de imágenes de una vasta gama cultural. De todo esto surge un relato exigente y altamente complejo sobre el ambiente sociocultural y la complicada asunción individual de identidades en la Guatemala de la posguerra. Como punto de partida para el análisis de este tiempo intermedio, Nelson escoge la noción del engaño, representada paradigmáticamente en la figura del “indio de dos caras” (*indian giver*), que por una parte da un regalo, pero que por otra parte espera al mismo tiempo algo de vuelta. ¿Por qué –se pregunta la autora– los guatemaltecos usan con tanta frecuencia el término de engaño cuando hablan de la guerra? Para resumir este libro polifacético, que abarca temas tan diversos como la fiesta en honor de la Virgen de la Asunción (o del Tránsito) y el baile de la Culebra en el municipio k’iche’ de Joyabaj (que representa la historia de la subyugación y la resistencia de los indígenas), las exhumaciones de fosas comunes, las películas de horror (muy populares en Guatemala), la guerra de contrainsurgencia y la campaña contra la malaria (como ejemplos de las presuntas dos caras del Estado) y el sistema de partida doble (como método ambiguo de saldar cuentas), es tal vez útil imaginárselo como una obra de teatro. Para la escenografía, Nelson ha convocado a un ilustre grupo de autoridades posestructuralistas: Walter Benjamin, Bruno Latour, Michel Foucault, Giorgio Agamben, Jacques Lacan, Slavoj Žižek; mientras que el atrezo proviene del taller del marxismo. Hay protagonistas humanos (entre otros la propia autora, otros antropólogos, indígenas, mayas, ladinos, víctimas, victimarios, colaboracionistas, simpatizantes, desinteresados, activistas, insurgentes, militares y organizaciones internacionales de diversa índole), protagonistas virtuales como el agente Smith de la película *The Matrix* y la figura metafórica de la chica final de las películas de horror; figuran incluso “actantes” basados en la teoría

latouriana del actor-red como el informe de la CEH, que con su conclusión de genocidio sobre la población maya siguió actuando sobre los demás “actantes”.

La obra se desenvuelve en dos actos. El primer acto (capítulos 1 a 5), analiza cómo cambiaron las identidades y las identificaciones en el período de la posguerra, entre 1996 y 2005, y cómo en estos procesos de transición crecieron las ambigüedades. En el mejor de los casos la guerra forzó a la gente a tomar posición, a decidirse, y en el peor de los casos se le asignó a la fuerza una identidad. Después de la guerra ciertas identidades se volvieron obsoletas, otras cambiaron de signo, lo que era bueno se volvió malo. Muchas personas tuvieron que redefinir su(s) identidad(es) mientras que el cambiante ambiente de la posguerra transformaba su orientación. Partiendo de la doble metáfora de la contra-insurgencia como guerra de espada (la violencia) y como guerra de la cruz (la lucha por la hegemonía ideológica y el poder de interpretación), Nelson muestra cómo, después de la guerra, la lucha sobre la interpretación del pasado se convirtió en algo central no sólo para los individuos que tuvieron que superar los traumas de la guerra, sino también como poder transformador social. Por otra parte, analiza la transformación (parecida a la chica final) de la tradicional identidad indígena, que la contra-insurgencia había intentado eliminar, en un movimiento panmaya con enfoque nacional, cuestionando seriamente la noción ladina de la nación guatemalteca. En esta situación, la búsqueda de autenticidad resulta vana, aunque existencial. Esto explica, por ejemplo, por qué el reproche del antropólogo David Stoll contra la premio Nobel Rigoberta Menchú de ser una mentirosa (sirviéndose de la metáfora de la india de doble cara) tuvo un impacto tan fuerte y emocional en la comunidad solidaria internacional, sintiéndose muchos gravemente engañados. Pero nos pregunta Nelson: ¿quién sabe la verdad en este caso?, ¿y qué pasa cuando los que saben la verdad se equivocan?

El segundo acto (capítulos 6 a 9) trata sobre la falsedad del Estado, cuyo poder soberano tiene dos caras. De un lado, hay figuras reales poderosas que tienen planes y llegan a realizarlos. Del otro lado, el Estado va más allá de los actores, es un poder mágico y ambiguo que engaña a sus propios protagonistas, incluso a los más poderosos. Nelson compara el papel del Estado en dos guerras: una contra la insurgencia revolucionaria (1960-1996) y otra contra la malaria (1958-1986). Desvela la cara de Jano del Estado, que reivindica, por una parte, el derecho sobre la muerte y, por otra, el poder sobre la vida. Concluye este acto con un análisis de los modos de *reckoning* en la Guatemala de posguerra, que han fomentado una “cultura de comprobación”. La comprobación promete superar el engaño y la incertidumbre sobre los hechos y así equilibrar los libros. Sin embargo, Nelson nos recuerda que los hechos no tienen una existencia objetiva, sino que son hechos. Así, el sistema de partida doble puede engañarnos en el propio acto de crear transparencia, pues trabaja con números ficticios.

Finalmente, Nelson no ofrece una conclusión clara. Lo que queda es la transición y la invitación a tomar en serio la ambigüedad de los mismos conceptos de análisis. ¿Será finalmente esta desagradable precariedad existencial la que nos permite luchar por un cambio, la que nos deja apostar por el futuro? Dejando al lector con esta clase de dudas, el libro parece estar en cierto modo inacabado, sumándose a la posguerra guatemalteca en acción. Lo hace con un lenguaje fascinante, que logra a la vez exponer cosas que, al parecer, no tienen nada que ver las unas con las otras y que permite asumir identidades ambiguas. Ambigüedad y diferencia se reflejan en un mismo texto, que vacila entre una dicción teórica abstracta y un estilo coloquial figurativo. Aunque este último contribuye

a aumentar el placer de la lectura, finalmente resulta una crítica menor al respecto —la otra cara, como dijera Nelson—. Ya que el estilo coloquial se remite a un profundo fondo de experiencias y valores compartidos sólo por personas socializadas en los EE. UU., el libro puede parecer etnocentrista, cuando no excluyente respecto a los lectores que carecen de este trasfondo cultural.

El último libro que comentamos aquí nos lleva del espectacular escenario altamente metafórico de Nelson al teatro profano de la Ciudad de Guatemala. *Securing the City. Neoliberalism, Space, and Insecurity in Postwar Guatemala*, editado por Kevin Lewis O’Neill y Kedron Thomas, contiene ocho ensayos antropológicos que investigan cómo el neoliberalismo, que es el modelo político dominante en Guatemala desde hace unos 30 años, se manifiesta en las vidas cotidianas de las capas inferiores en la capital y otros centros urbanos en el “interior” del país. Después del fin formal de la guerra civil, estas políticas de retirada del Estado y de privatización se desplegaron y fomentaron un ambiente de creciente violencia. Los editores subrayan que se trata de una nueva violencia respecto a aquélla de la guerra. Sus focos principales ya no están en las zonas rurales, sino en las ciudades, sobre todo en la capital. Constatan también un cambio de signo en la violencia: antes estaba organizada por el Estado, mientras que ahora es privada y amorfa. Acusan a las políticas neoliberales de producir una violencia estructural que provoca la marginalización de gran parte de la población a lo largo de líneas divisorias étnicas, clasistas y espaciales. Ante esta situación de violencia, el libro plantea la pregunta clave de cómo la gente se organiza para evitar o contrarrestar la inseguridad omnipresente. En la búsqueda de respuestas a esta pregunta se centra en las clases obreras y medias, dejando de lado los grupos ya bien estudiados de la parte inferior de la pirámide social, como los marginados de los barrios pobres y las maras. A pesar de concentrarse en la ciudad, los ensayos subrayan las dinámicas urbano-rurales que enlazan estos diferentes espacios de múltiples maneras. Afirman que considerar la ciudad y el campo como mutuamente constitutivos permite estudiar las ciudades de tamaño medio como lo es Ciudad de Guatemala como lugares fluidos y dispersos que sirven de eje para procesos sociales, políticos y económicos translocales.

El libro es una aportación al estudio etnográfico de la violencia urbana e incluye respuestas políticas y populares sobre la inseguridad en un trasfondo de relaciones cambiantes de clase y —en consideración del aumento masivo de la población indígena que vive y trabaja en las ciudades— de una creciente importancia del aspecto étnico. Se suma a la serie de estudios sobre el neoliberalismo en Guatemala que analizan cómo estas políticas agravaron las desigualdades sociales, políticas y económicas. Se ocupa en particular del papel que desempeña el espacio urbano en la configuración de las relaciones de poder y se pregunta de qué manera los conceptos de espacio forman percepciones sociales conflictivas de pobreza y violencia entre los residentes urbanos y rurales.

La primera parte del volumen narra la historia del ascenso de la Ciudad de Guatemala a centro urbano desde varios puntos de vista. Centrándose en la pregunta de cómo la gente común se defiende y da sentido al mundo en un lugar tan precario y peligroso como la Ciudad de Guatemala, Deborah Levenson traza las biografías de tres generaciones de una familia obrera. Documenta en detalle tanto las luchas de la gente joven por encontrar su camino a través de las modernidades específicas que viven, como los cambios profundos que tuvieron lugar en la ciudad durante casi un siglo. Desde la perspectiva de los residentes de un barrio que otrora había sido un vecindario de la clase media, pero cuya situación

se estaba deteriorando constantemente durante los últimos treinta años, Manuela Camus muestra los cambios en la manera de interpretar el mundo social. Estos cambios ya no se perciben en términos de responsabilidad social por parte del individuo y del Estado, sino en categorías neoliberales que consideran los problemas sociales exclusivamente en términos de responsabilidad individual. Por lo tanto, se atribuye el fenómeno de la creciente violencia a la incapacidad de los migrantes indígenas de adaptarse al ambiente urbano, lo que desemboca en la delincuencia y el crimen que amenazan a la clase media. Un ejemplo contrario a esta percepción lo presenta el ensayo de Thomas Offit, que relata la historia de un migrante k'iche' que logró construir un imperio económico en el comercio al por menor en el sector informal. Analiza la convergencia de ideologías neoliberales sobre la autonomía individual, la racionalidad económica y la iniciativa empresarial con las prácticas económicas de muchos empresarios indígenas, que saben aprovechar las relaciones culturales con la comunidad de origen y las redes de parentesco. Rodrigo J. Véliz y Kevin Lewis O'Neill tienen otra perspectiva al respecto: ellos se ocupan de la posición precaria de los comerciantes ambulantes en el espacio urbano. Abordan los intentos por parte de los guatemaltecos ricos de reconquistar el centro de la ciudad, que se había transformado de un centro de poder y riqueza, en uno de los lugares más peligrosos de la ciudad, con calles dominadas por comerciantes ambulantes. Desde su punto de vista, la reconversión del centro de Ciudad de Guatemala en un espacio "moderno", bonito, tranquilo y seguro constituye al mismo tiempo un acto de violencia que tiene como objetivo la semiprivatización del espacio público y la expulsión de los grupos marginados.

La segunda parte trata sobre las ideas que se hacen en el campo sobre la capital y al revés. Avery Dickins de Girón ilustra cómo la realidad y los rumores sobre la violencia urbana en el contexto de procesos de dislocación rural influyen en la migración hacia la capital de varones jóvenes atraídos por el trabajo flexible en el sector en boga de la seguridad privada. Analiza el papel de los jóvenes en un contexto neoliberal que los explota pero que les ofrece al mismo tiempo oportunidades en la vida metropolitana y buscar vías para salir adelante. Los dos ensayos siguientes se centran en la pequeña ciudad kaqchikel de Tecpán, situada en el altiplano, a unos 80 kilómetros de distancia de Ciudad de Guatemala. Las estrechas relaciones económicas y sociales con la capital y la existencia de una fuerte burguesía indígena permiten que Tecpán sea un buen ejemplo para estudiar el intercambio de ideologías entre el centro y la periferia. Con condiciones caracterizadas por la falta de servicios estatales y una distribución desigual de los riesgos relacionados con la violencia, los tecpanecos reflexionan sobre la criminalidad en términos de individualismo neoliberal, culpabilizando de ello a distintos grupos al margen de la sociedad, sean jóvenes, criminales, maras o pequeños empresarios del sector informal. Dentro de los ciclos transnacionales, incluso los empresarios de Tecpán se ven frente a procesos que tienden a que los empresarios con menos potencial de innovación sean considerados como criminales. Independientemente de su posición social, al ser su mercado más importante, la Ciudad de Guatemala es considerada por los tecpanecos a la vez como un lugar que ofrece oportunidades y un lugar de peligro. A la inversa, desde una iglesia pentecostal capitalina, es la pobreza rural la que motiva a los miembros a ayudar a los necesitados. Al analizar los discursos de los creyentes el ensayo final constata que la pobreza es considerada en una trama espacial que introduce una distinción jerárquica, privilegiando la pobreza rural. Así, es coherente dirigir la ayuda exclusivamente al espacio rural y negar a los pobres urbanos el derecho de estar necesitados.

El libro en su conjunto proporciona un análisis cuidadoso de la transformación de la geografía humana y social en la Ciudad de Guatemala bajo los signos neoliberales. Es una aportación a la reflexión teórica sobre los efectos que las distintas percepciones de espacios urbanos y rurales tienen en la formación de prácticas institucionales e individuales en contextos caracterizados por la inseguridad, la violencia y la falta de un Estado mediador.

### A modo de reflexión final

Los libros que acabamos de reseñar son todos de muy alta calidad científica. Cada uno se caracteriza por un nivel extraordinario de investigación empírica, teóricamente bien fundada, y constituye una aportación de peso a las Ciencias Sociales y las Letras sobre Guatemala. Desde luego, una colección de libros como ésta no es el resultado de una recopilación sistemática, sino que depende más que nada de coincidencias en el mercado editorial. Sin embargo, se distingue bastante claramente un tema global que reúne los diversos títulos: éste se podría resumir posiblemente como la formación discursiva de memorias e identidades en contextos modernos de opresión y violencia. Y cómo esta temática gira finalmente siempre en torno a la pregunta de quién se dirige a quién, y quién habla sobre o por quién, es tal vez preciso mencionar en este lugar que la presente reseña ha sido escrita por un historiador que vive en un contexto europeo. Desde esta distancia se percibe, además, otra característica en la colección de títulos, que es que existe en la producción científica sobre Guatemala una preponderancia o —comparado con otros países— por lo menos un peso más marcado de la antropología. Podría suponerse que existe un corte metodológico hacia conceptos fundamentales que se remontan a la historia misma de la antropología y que favorecen la búsqueda de diferencias culturales asimétricas en el marco de las categorías étnicas. Y como la producción científica no corresponde necesariamente a las necesidades “objetivas” de las formaciones sociales estudiadas, sino que depende más bien de la dinámica de la empresa académica, hay que preguntarse: ¿dónde quedan los estudios sociológicos, económicos, políticos e históricos? En relación con el estudio de Emilio Del Valle Escalante surge una pregunta aún más provocadora: ¿podría ser que esta preponderancia antropológica misma sea una expresión de la continua colonización del poder en Guatemala?, ¿podría ser que no existe ni un “problema del indio” ni un “problema del ladino”? Si éste fuera el caso, ¿dónde está pues el problema de Guatemala?

### Bibliografía

- French, Brigittine M.: *Maya Ethnolinguistic Identity. Violence, Cultural Rights, and Modernity in Highland Guatemala*. Tuscon: The University of Arizona Press 2010. XIX y 161 páginas.
- Garrard-Burnett, Virginia: *Terror in the Land of the Holy Spirit. Guatemala under General Efraín Ríos Montt, 1982-1983*. Oxford: Oxford University Press 2010. XVI y 269 páginas.
- Higonnet, Etelle (ed.): *Quiet Genocide. Guatemala 1981-1983*. New Brunswick: Transaction Publisher 2009. XX y 237 páginas.
- Hirschmann, Barbara: *Del indio al maya. Identitätspolitik der Maya-Bewegung in Guatemala*. Berlin: Lit-Verlag 2010. 240 páginas.

- Martínez Peláez, Severo: *La Patria del Criollo: An Interpretation of Colonial Guatemala*. Durham: Duke University Press 2009. 329 páginas.
- Nelson, Diane M.: *Reckoning: The Ends of War in Guatemala*. Durham: Duke University Press 2009. 403 páginas.
- O'Neill, Kevin Lewis/Thomas, Kedron (eds.): *Securing the City: Neoliberalism, Space, and Insecurity in Postwar Guatemala*. Durham: Duke University Press 2011. VII y 220 páginas.
- Sanford, Victoria: *La masacre de Panzós: Etnicidad, tierra y violencia en Guatemala*. Ciudad de Guatemala: F & G Editores 2009. 180 páginas.
- Smith, Timothy J./Adams, Abigail E. (eds.): *After the Coup: An Ethnographic Reframing of Guatemala 1954*. Urbana: University of Illinois 2011. X y 167 páginas.
- Valle Escalante, Emilio del: *Maya Nationalisms and Postcolonial Challenges in Guatemala. Coloniality, Modernity, and Identity Politics*. Santa Fe: School for Advanced Research Press 2009. X y 210 páginas.